REVISTA
SINERGIA LITERARIA

Escribir es un privilegio, aunque a veces lo olvidemos. Por lo que sabemos (y lo que sabemos siempre es parcial) los primeros que estuvieron en contacto con las letras fue un grupo reducido de hombres, quienes utilizaban la escritura para consignar y llevar cuentas de las riquezas de los reyes antiguos. Con el tiempo se les ocurrió utilizar aquella técnica prodigiosa para anotar fechas y descripciones de los hechos históricos que vivieron (y que consideraron dignos de ser recordados). La variedad de temas se incrementó atropelladamente, quizás por el ansia de los primeros escritores de dejar registro ya no solo de sus vidas, sino que también de sus ficciones, sus reflexiones y –sobre todo– de sus sentimientos y temores. Sin embargo, esta diversidad de temas no se tradujo en una diversidad de escritores, muy por el contrario, los textos que tenemos de la antigüedad son en su mayoría escritos por un tipo específico de sujeto que no solo tenía la capacidad de escribir, sino que el privilegio de hacerlo, de los demás sujetos que conformaban las sociedades antiguas no sabemos nada, no hay un solo registro de escritura de un esclavo y solo conservamos unos cuantos fragmentos de Safo todos ellos escritos por hombres que la escucharon recitar.

Las primeras mujeres que tuvieron el privilegio de escribir fueron las religiosas medievales: Bingen, Kempe, Juliana, Catalina de Siena y Santa Gertrudis (o Gertrudis de Helfta para las amigas), pero quizás la más extraordinaria fue Christine de Pizan, viuda a temprana edad que hizo de la escritura su medio de supervivencia, vendiendo sus canciones a las cortes y dedicando su escaso tiempo libre para escribir El país de las damas, texto en el cual aprovecha de denunciar las injustas condiciones de vida que deben soportar las mujeres. Sor Juana y Santa Teresa son estrellas solitarias en un mar de escritura masculina y en un silencio insoportable de escritura femenina. Incluso en el siglo XVIII las mujeres deben ocultar su identidad para escribir, ya que, si bien muchas más han aprendido la técnica, no tienen la posibilidad de difundir sus textos. Es en este momento cuando aparecen Madame de Staël, George Elliot, George Sand, Jane Austen y las hermanas Brontë, todas con obras que hoy se consideran indispensables para la literatura universal. Cuando vemos el trabajo silencioso y arriesgado de estas mujeres escritoras, asistimos a la revelación de que tener el privilegio de escribir implica el deber de hacerlo. Todas estas mujeres y todas las que vendrán después no se contentaron con solo tomar nota de la vida para ellas mismas, sino que quisieron trasmitir algo, una pregunta, una crítica y acompañar con sus historias a otras mujeres de ese futuro incierto que imaginaron mejor.

Hoy en día escribir es algo que se nos da por sentado y olvidamos que muchos lucharon para que todos tuviésemos acceso a una educación que nos enseñara a escribir para que no solo unos pocos pudiesen tener acceso a esta maravillosa tecnología que es la escritura. La invitación que hacemos en esta revista es a seguir transformando el privilegio de escribir en el derecho de todos y todas a escribir, cumpliendo nuestro deber con las generaciones futuras. Escribamos algo, un poema, un cuento, una historia, escribamos algo para decirles a los desconocidos habitantes del futuro que estuvimos aquí, que nosotros y nosotras también tuvimos miedos y nos enamoramos, que nosotros y nosotras somos (ojalá) responsables de que hay algo mejor (o al menos algo más) en el mundo.

Para cumplir este mandato, y para corresponderle bien a los que escribieron antes de nosotros, es que presentamos estos textos, textos que hoy, felizmente, pueden escribir libremente tanto hombres como mujeres y sobre estas últimas cae el peso de continuar los cantos de Safo.

Profesor.

La revista incluye los textos y trabajos de Mariana Díaz, Valeria Díaz, Emanuel Cabezas, Benjamín Valdés, Catalina Vargas G, Millaray Millanao, Maximiliano Oyaneder y Celso Iturra

Lucha contra
el verdadero
enemigo

.

PARA HACER UN POEMA DADAÍSTA -TRISTAN TZARA-

COJA UN PERIÓDICO.
COJA UNAS TIJERAS.
ESCOJA EN EL PERIÓDICO UN ARTÍCULO DE LA LONGITUD QUE QUIERA DARLE A SU POEMA.
RECORTE EL ARTÍCULO.
RECORTE EN SEGUIDA CON CUIDADO CADA UNA DE LAS PALABRAS QUE FORMAN EL ARTÍCULO Y MÉTALES EN UNA BOLSA.
AGITE SUAVAMENTE.
AHORA SAQUE CADA RECORTE UNA TRAS OTRO.
COPIE CONCIENZUDAMENTE
EN EL ORDEN EN QUE HAYAN SALIDO DE LA BOLSA.
EL POEMA SE PARECERÁ A USTED.
Y ES USTED UN ESCRITOR INFINITAMENTE ORIGINAL Y DE UNA SENSIBILIDAD HECHIZANTE, AUNQUE INCOMPRENDIDA DEL VULGO.

CIERTAS MAÑANAS

Son las 7 de la mañana, me levanto y voy a la cocina a buscar algo para comer, frente a la tele está mi mamá con la mano en la boca, su cabeza me impide ver de qué están hablando en las noticias, pero escucho al periodista hablar de un nuevo femicidio ocurrido en la madrugada. El periodista dice que detienen a un hombre de 53 años por femicidio en Los Ángeles, los primeros antecedentes policiales indican que la discusión entre esta pareja se habría generado tras la ingesta de alcohol y estaría motivada por celos. Las dos nos quedamos pegadas viendo la noticia, a mí me invade la rabia y pena de que estos actos sean tan frecuentes, la semana pasada en un diario leí que ya iban más de veinte femicidios en lo poco que llevamos de año. Llega mi padrastro, no me gusta llamarlo así, para mí él no es nada mío. Mi padrastro le grita a mi mamá que le planche su camisa, que haga algo, que no sirve para nada, hacemos contacto visual y lo miro con desprecio, evito decirle viejo de mierda, la última vez que lo hice me dejó callada por un buen tiempo. Recuerdo que ese día me sacó la mugre, me pegó como nunca antes lo habían hecho y me advirtió que si había una segunda vez, si en otra oportunidad me atrevía a levantarle la voz, a faltarle el respeto, me arrepentiría. Voy a mi habitación, recuerdo un día en el que mi mamá no salió de su pieza en toda la mañana, recuerdo que cuando me fui a despedir de ella tenía su ojo derecho muy hinchado y morado, recuerdo que le dije que dejáramos todo, que nos fuéramos de esa casa, ella me respondió que no, me dijo que el traía la plata, me dijo que sin él no seriamos nada. He pensado muchas veces en huir, pero no sería capaz de dejar a mi madre sola, ella es la razón por la que he permanecido aquí desde que mi papá nos dejó. Me visto rápido y salgo entre los gritos de mi padrastro. Llego al liceo, en la sala están todos cuchicheando, me acerco donde mis compañeras, logro escuchar de que hablan. Hablan de la Claudia, dicen que es una puta, que en el carrete del sábado estuvo con el Andy, el pololo de la Jessica. No entiendo mucho el odio hacia ella, ella no hizo nada malo, quizás el Andy si, después de todo él está pololeando y ella no. Me aparto de mis compañeras, ahora me acerco a mis compañeros, ellos hablan del Jonathan, hablan de que es un campeón por que en el mismo carrete estuvo con tres compañeras a la vez

El venado
herido
-Frida Khalo-

Montañas
Taos
-Georgia
O´Keeffe

Termina la clase de matemáticas de la cual poco o mejor dicho nada entendí, el profesor de matemáticas cree que soy tonta o por lo menos eso me dio a entender la semana pasada cuando me dijo que dejará de soñar, que aterrizará, que leer no me servirá de nada, que mejor me ponga las pilas para no reprobar otra vez matemáticas, que iba a puro dar jugo al liceo. Salgo al recreo y veo que todos corren hacia la cancha, yo también lo hago, en medio está la Jessica con sus tres amigas, entre las cuatro le están pegando a la Claudia, ésta intenta defenderse, pero le es imposible. Pienso en ir a defenderla, lo haría, pero es más grande el miedo a ser atacada por la Jessica y su grupito. Compañeras y compañeros hablan de forma muy fuerte, casi gritando, dicen que la Claudia se lo merece, que se lo merece por suelta. Siento un dolor punzante en la guata. Voy al baño, mientras estoy sentada en el wáter veo los escritos de la puerta del baño, el más grande dice Valentina eris una perra, en otra parte dice Andrea gorda asquerosa. Me invade la pena al leer esto de parte de mis mismas compañeras, me da pena que no noten que las mujeres no deberíamos tratarnos así, que nadie debería tratarse así, saco un corrector e intento borrar todos esos mensajes y me alivio al saber que estas compañeras no los leerán, intento ponerme en sus lugares, no me gustaría leer algo así sobre mí, en realidad sobre nadie. Salgo del baño, me lavo las manos, miro al frente, me veo en el espejo. No me gusta verme mucho en el espejo, no me gusta mi cara. En el espejo veo todo lo que me desagrada de mí, quisiera ver algo que me haga sentir bien pero no encuentro nada, veo mi frente con espinillas, mis ojos cansados, ojerosos, veo mi cuerpo delgado y aburrido, quisiera tener pechos más grandes como mis compañeras, pero no, tengo 18 años, pero con mi cuerpo represento como si tuviera solo 11. Vuelvo a la sala, la Antonia me hace señas para que me siente con ella. Me cae bien la Antonia, con ella suelo salir después de clases a comprar sopaipillas y -tirarles las sobras a las palomas, con la Antonia suelo ir a la plaza que queda a tres cuadras del liceo, solemos tirarnos al pasto una frente a la otra, solemos hablar sobre que nos gustaría hacer cuando salgamos del liceo. Me gusta hablar con la Antonia porque es igual de soñadora que yo, porque ella también cree que vamos a ser libres en algún momento de hacer lo que queramos, lo que realmente nos gusta, que ella se dedicará a pintar y yo a escribir. Las horas pasan, a las cuatro por fin salgo del liceo, le digo a la Antonia que vayamos a hacernos unas monedas al metro para después ir a comprar papas fritas, me dice que no puede, que tiene que ir a buscar a su hijo a la casa de su tía

Cambio de plan y -me dirijo hacia la biblioteca. Me gusta ir a la biblioteca, me hace sentir más segura y al leer los problemas dejan de existir. En el transcurso del liceo a la biblioteca tres hombres en auto me silban, ya me cansé de decirles algo, ya se me hizo común recibir estos "piropos". El semáforo da rojo, se me pone un tipo al lado, el que se parece mucho a mi padrastro, se me acerca aún más y me dice que soy muy linda, me dice lástima que seas escolar. Quisiera mirarlo y contestarle, pero nuevamente el miedo es mayor, siento un dolor en la guata, no sé si es porque no he comido en todo el día o porque siento un asco inmenso por aquel comentario que jamás pedí. Da la luz verde y camino lo más rápido que puedo. Tomo la primera micro que pasa, me dirijo hasta el fondo donde hay asientos vacíos. Quiero sentarme, estoy cansada, pero al lado del asiento vacío hay un hombre con las piernas muy abiertas, como con la intención de que nadie pueda sentarse a su lado, como con la intención de molestar. No me siento, comienzo a sentir que me miran de forma muy penetrante, me incomoda, sé que él me está mirando, evito cruzar la mirada. La micro ya ha pasado dos paraderos, dos paraderos en los que no suelta la mirada de mí. Su mirada se sitúa específicamente en mis piernas, pienso en mi jumper, en lo corto que es, quisiera tener uno de mi talla, pero no tengo la plata para poder cambiarlo, sé que el corto de mi jumper no es justificación para que él me mire de esa forma. Toco el timbre y me bajo sabiendo que aún quedaban tres paraderos para llegar a la biblioteca. Camino hacía la biblioteca, mientras lo hago me fijo en una sex shop que tiene un maniquí con uniforme de escolar, quizás esto puede justificar el acoso constante que recibo estando de escolar, nuevamente siento un dolor muy fuerte en la guata. Entro a la biblioteca, saludo al guardia, voy a la sesión de literatura, saco un libro, es de Teresa Wilms Montt. Mientras voy leyendo comienzo a pensar en la vida de esta mujer, de esta bella mujer. Su vida no fue muy distinta a la mía, para nada.

Presintiendo el futuro
-Carmen Aldunate-

Ensimismada por la lectura comienzo a quedarme dormida. Sueño con Teresa Wilms Montt, ella me despierta y me da la mano, yo la miro, en sus ojos azules me veo reflejada. Ella me habla, me deleita con lo último que leí de ella antes de quedarme dormida, ella me dice soy Teresa Wilms Montt… y aunque nací cien años antes que tú, mi vida no fue tan distinta a la tuya. Yo también tuve el privilegio de ser mujer. Es difícil ser mujer en este mundo. Tú lo sabes mejor que nadie. Viví intensamente cada respiro y cada instante de mi vida. Destilé mujer. Trataron de reprimirme, pero no pudieron conmigo. Cuando me dieron la espalda, yo di la cara. Cuando me dejaron sola, di compañía. Cuando quisieron matarme, di vida. Cuando quisieron encerrarme, busqué libertad. Cuando me amaban sin amor, yo di más amor. Cuando trataron de callarme, grité. Cuando me golpearon, contesté. Fui crucificada, muerta y sepultada por mi familia y la sociedad. CacsdddNací cien años antes que tú y sin embargo te veo igual a mí. Soy Teresa Wilms Montt, y no soy apta para señoritas. Despierto, quisiera seguir soñando, seguir viendo a la Teresita y sentir que no estoy sola. Noto que ya se está oscureciendo, dejo el libro escondido para terminarlo mañana. Salgo, tomo la micro, me vuelvo a quedar dormida. Ya estoy acostumbrada a dormir en la micro como estoy acostumbrada a despertar justo un paradero antes del que me corresponde. Abro la reja de mi casa, desde afuera se escuchan los gritos, los mismos gritos con los que había salido en la mañana. Entro y mi mamá me agarra de la muñeca, me dice que vea la hora, me dice que soy mujer, que no debo andar sola a estas horas. Sé que es verdad lo que dice, la miro y asiento con la cabeza. Me invade la rabia, quisiera creer que en algún momento vamos a andar sin miedo por la calle de noche. Me encierro en mi pieza, comienzo a terminar una tarea que dejo la profe Ana de historia. Pasan las horas y mi hermano chico llega recién, pero en la casa nadie le dice nada, porque él es hombre y no corre los riesgos que yo como mujer sí. A veces desearía ser hombre, recuerdo mi infancia en Conchalí, recuerdo la educación que recibí y la que recibió mi hermano, pienso en lo diferentes que fueron, recuerdo que cada vez que llegaba sucia a la casa mi mamá me castigaba, me decía que las mujeres éramos delicadas, que esas cosas las hacían los hombres, que no debía sentarme con las piernas abiertas.

Recuerdo que desde muy pequeña me enseñaron a cocinar, recuerdo que, a la hora de comer yo debía poner la mesa, y luego lavar los platos, recuerdo que si me atrevía a reclamar, si decía que alguna vez le debería tocar a mi hermano se reían y me decían que a los hombres no les correspondía lavar los platos o cocinar, que el hombre era quien llevaba la plata a la casa y que la mujer debía cuidar de esta. Recuerdo también que nunca me gustaron los juegos de "niña" me parecía tan aburrido jugar a la familia o a las barbies. Nunca me han gustado las barbies, son tan perfectas y delicadas, yo prefería jugar a la lucha libre con los niños de pasaje, prefería correr y trepar por los árboles, pero esto tenía sus consecuencias porque si mi mamá se enteraba me castigaba y me quitaba el permiso para salir a jugar, así que tuve que dejar de jugar con los niños y comencé a jugar con las niñas. No me quejo, lo pasábamos bien con las niñas, en un inicio todas las niñas del pasaje éramos amigas pero a medida que íbamos creciendo estos lazos se iban rompiendo, porque a la Macarena, la Paz, la Carolina y la Florencia les comenzó a caer mal la Fran ya que la mamá de la Paz peleó con esta y dijo que era una huacha piojenta, al tiempo de excluir a la Fran del grupo esto siguió con la Macarena, a la Maca la excluimos porque era muy buena para pololear y nos terminó aburriendo. La tercera excluida fui yo. Una tarde la Carolina con la Paz me fueron a buscar a la casa, cuando salí me dijeron que debían hablar algo conmigo, caminamos hacia la plaza más cercana, me dijeron que ya no nos volveríamos a juntar, que en el pasaje se corría el rumor de que era machorra, de que nunca me han visto con algún niño o muy preocupada de mi aspecto, que incluso la mamá de la Paz dijo que era lesbiana. En ese entonces yo solo tenía doce años, y es verdad quizás era y sigo siendo "machorra", pero no entiendo mucho porque eso debía ser tema, solo tenía doce años y no pensaba en niños o en maquillarme o depilarme, solo tenía doce años y desde esa tarde algo cambio en mí, me comencé a sentir culpable de no ser como la Paz o la Carolina, de no ser tan femenina como ellas, comencé a sentir miedo de que en algún momento me gustaran las mujeres. Quizás si hubiera sido hombre todo sería más fácil, quizás así no viviría con este miedo constante, quizás así ya no tendría que depilarme más las piernas porque si ando peludo nadie se detendrá a decirme algo como "los hombres no deberían andar peludos, ¿no te da vergüenza? Ninguna mujer se fijará en ti, ridículo", quizás así al caminar por la calle no recibiría improperios y dejaría de sentirme tan insegura. Pero no, soy mujer y comienzo a recordar cuando estuve en la biblioteca y recuerdo lo que me dijo Teresa Wilms Montt en el sueño, tengo el privilegio de ser mujer y tengo más que claro que es difícil ser mujer en este mundo, también sé que soy más fuerte que todo esto. Apago la luz, nuevamente el sueño me gana, mientras intento dormir escucho como en la pieza del lado mi mamá llora, está ahí con mi padrastro. Sé lo que está ocurriendo, me tapo las orejas con las manos. No quiero escuchar, cierro los ojos, comienzo a imaginar que un día prendo la tele, hablan de un nuevo femicidio, esta vez la mujer asesinada es mi madre a manos de mi padrastro, me corren lágrimas por las mejillas.

Mariana Díaz

FAUNA Y FLORA

Vivo en la fauna y flora
Aquí todos me adoran
Pero el ardor
Nunca demora.

Cada pétalo que toco
Lo dejo caer
Su suave contacto
Corta mi piel
Mi expuesta sangre
Es toda su miel.

Sé que siempre
volverá a cortar
esta rosa
no puede llorar
rosa hermosa
para el tiempo de matar
no me dejes caer
con miles de gotas
que me llevan al mar.

Y aquí me tenía
mi reflejo miraba
con la mirada más fría
hasta que las hojas cubrían
de todo lo que se veía.
Hojas mojadas
que nunca serán amadas
murieron ahorcadas.

Me levanté
con mucho recuerdo muerto
me enamoré
y a una rosa salve

¿Quién soy?
ni una flor, ni el sol,
ni la lluvia y ni las olas.
Soy la hermosa rosa
que tanto daño se hace
en la fauna y flora

Emanuel Cabezas

Rimbaud
-Roser Bru-

CARNE MUERTA

¿Cómo, si nació divina
la belleza es tan cruel?
Mas, ¿qué importa el ser deidad,
si la gobierna mujer?
(Antonio Hurtadod de Mendoza)

Tan frágil
Como un cristal
Tan inútil
No sabe que es verdad

Sentada frente a la muerte
No podía moverse
La torturaban constantemente
A solo quererse

Y corrieron sus lágrimas
No de agua, sino de grasa
Las miradas eran de lastima
Y su sangre sabía a salsa

Levantó su tenedor
Temblando de temor
Levantó su cuchillo
Deseando que sus tripas fueran ovillo

La presión la consumía
Era perfección contra armonía
Mientras más comía
Mas muerta se sentía

Le cortaron sus alas
Destruyeron sus sueños
Ahora tenía ideas malas
Y pensamientos para nada buenos

Pinchó una lechuga
Pinchó el Asco
Pincho su hambruna
Pincho lo sano

Era atroz de ver
Y real a su vez.
La realidad la destruía
Pero ya nada sentía

Solo porcelana rota
Era una más del montón
Deseando ser otra
Con sabor menta bombón

Llevó el alimento a su boca,
El simple acto la quemaba
Ya todos la veían como loca
Y nadie la amaba

Su lengua y la comida
Era como tocar lana con navajas
Esa rabia reprimida
Solo a su estómago encaja

Masticar y masticar
Una acción fácil.
Mentiras y más mentiras
Rompían a su cuerpo frágil

Cada caloría
Era una cicatriz
Cada sonrisa
La volvía una actriz

Sus papilas se quemaban
Su garganta se corroía,
Era ver como la odiaban
Era ver como sonreían…

Este mundo es papel
Y la vida es tinta,
La vida es cruel
Y de belleza la pintan

Como las hojas de otoño
El viento me mecerá
Soy un simple retoño
Que pronto marchitara

Mientras ustedes ríen
Mientras ustedes mienten,
Yo reiré también
Cuando de mí ya no les cuenten

Tal como a una flor
Me sacaron de raíz
Perdí mi color
Y morí infeliz

Era veneno directo a mis venas
El cual mi alma quema.

Catalina Vargas

MEJOR LO RARO

Dicen que estoy equivocado, que soy un bicho raro, si te enfadas mejor para mí significa que te importo , estas preocupada por mí con esa voz tan chara que alumbra mi día, como esa ducha fría que despierta el día, como ese tonto que no cambia de opinión, cansado yo pido que termine el día.

Un bicho raro por aquí, soy diferente a los demás quizá este bien quizá yo este mal. Yo soy raro y especial a diferencia de los demás quizá por mi forma de actuar tal vez por mi forma de ver este mundo tan singular simplemente no soy como los demás.

Trato de escuchar lo que yo hago mal ya que yo era un sordo que escuchaba la que quería escuchar, un ciego loco que no quería ver la realidad del mundo y lo difícil que este puede ser como aquella mujer perdida que busca a su cría, aquel loco borracho que ya no tiene una razón a quien esta abrasando una fotografía y por esa fuerte luna que se esconde del sol

Si me escondo en el ayer o me olvido de querer, si soy frio y no se actuar, es que voy a mejorar para ya no ser normal, si retrocedo es para avanzar más y así poder lograr mejorar.

Si vas a aprender los errores van a aparecer dejaremos ver la tristeza oculta en el ayer, cuando daba igual lo que comentaban los demás.

Prefiero un mundo imperfecto pero real sin sonrisas falsas ni personas con ansias de poder que te controlan como marionetas, un mundo con sentimientos reales y sin falsedades

Soy diferente claro está, no un bicho raro yo soy especial en mi forma de pensar y en mi forma de actuar, por eso te invito a cambiar y espero que mis pensamientos te hagan reflexionar.

Maximialiano Oyaneder

MI AMANECER Y ATARDECER

Cegante rayo de luna,
Majestuoso blanco sol.
Hablan las montañas
Mirando desde lo alto

La desgracia humana,
mientras lloran sin control.
Quería sentir tu luna,
pero sentí tu sol.

Amé con locura y ahora lastimado estoy.
Querida rosa blanca terciopelo que llegaste a mi vida,
¿Por qué me dañas con tus espinas?
Recorre la escarlata por mi cuerpo
deseando llorar en desconsuelo.

Escucho tu llanto cocodrilo, imponente cuerpo,
bello ser, me acongojo en tus lágrimas y
me muerdes, dices que fue sin querer.
Nado en la tierra agrietada del desierto mientras
las lágrimas descienden por mis mejillas.

Te busco, encuentro tu ausencia,
Grito y se desgarra en mí el alma.
Pido un abrazo, pero encuentro mentiras y rechazo.
Gran cielo que hoy me deslumbra, dame por favor el poder
de recorrerte completo, quererte con deseo.

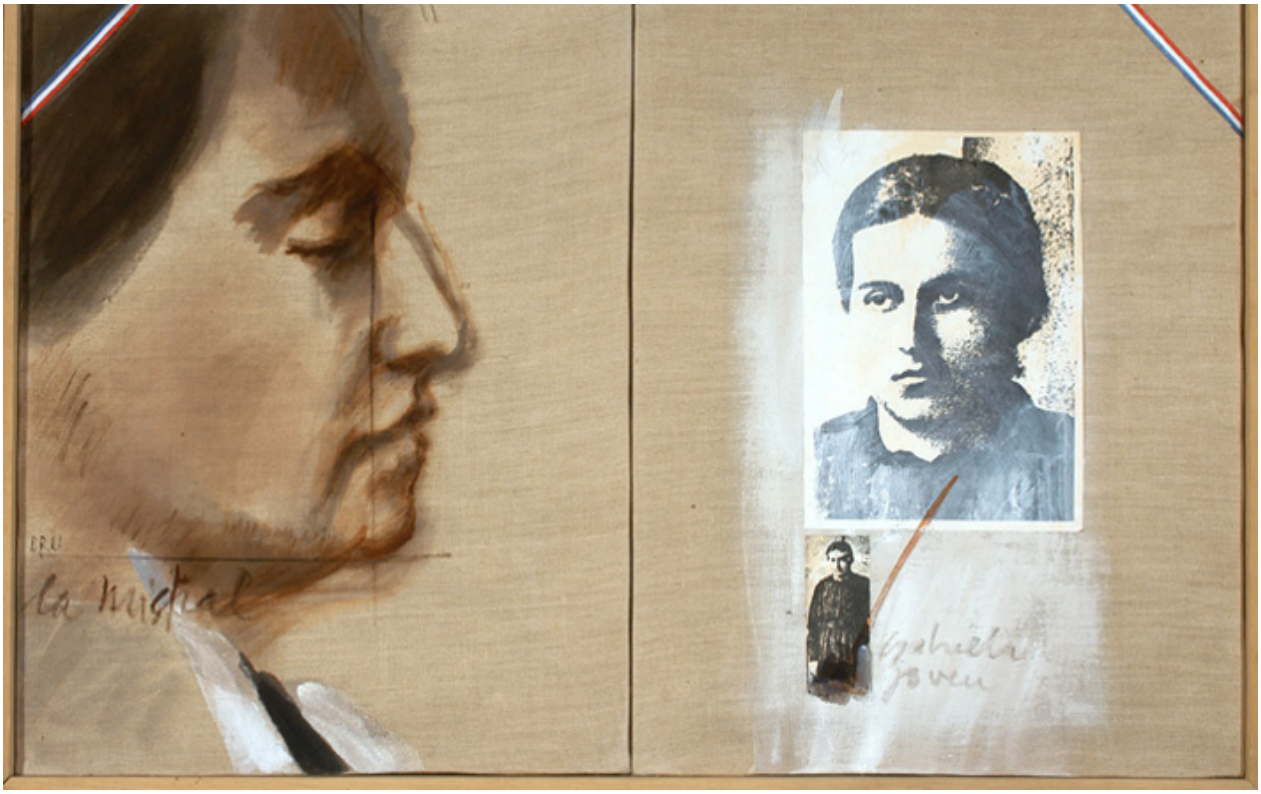
La ficción dolorosa más tremenda haz de ser.
Impotencia llena de gritos, desesperación y castigo.
Serás siempre esa sombra que encandila
en las lágrimas que descansan en mis ojos.
Quemas como fuego nunca pudo.
Odio potente, fríos ojos dolorosos penetrantes,
miedo intenso mas sigo amándote.

Sentimientos río caudaloso, brotan dulcemente
esperanza mientras recorren tu terreno baldío.
Sueño sentir tu aroma, perfume de flores lavanda,
escucho el canto de la lira, relaja en mi la melodía del
septiembre eterno, vida pura de escamas ásperas.

Apocalipsis que destierra la tiranía del triste
fugitivo que grita por el canto del demonio en su alma,
caen las lágrimas por su mejilla y provocan mi lástima del alma
Mientras odia en delirio.

Fuiste mi gran amor, eres mi linda imaginación
y serás por siempre corona de mi cuerpo débil
y desconsolado de amor.

Benjamín Valdés



Gabriela Mistral -Roser Bru-

EL METRO Y LAS PALOMAS

Viernes 24, San Joaquín 09:40 a.m.
Estoy agotada, ha sido una semana dura, para nada agradable. Mientras me dirijo hacia la salida de la estación veo a un hombre que me hace recordar a un viejo amigo, el Hugo. Hugo murió hace unos cuantos años, a causa del sida, ya no tenía defensas, estaba muy delgado, con suerte podía sostener las botellas para tomar cerveza, era bueno pal trago, también fumaba mucho, yo lo retaba, fumaba desde muy pequeño. Cuando murió tenía 25 años. Lamentablemente su situación económica no lo apaño en la enfermedad en la que se encontraba, el sistema de Salud en Chile menos. Nos conocimos cuando yo tenía 18 años, fui a ver un show en un bar, él estaba ahí, se veía preciosa, su seguridad me cautivó, su forma de hablar aún más, humorística y bizarra, me gustaron tanto sus performance que comencé a asistir con frecuencia a sus shows, así fue como formamos lazos. Fui a visitarlo al hospital dos días antes de que muriera.

Martes 28, Quinta Normal, 4:38 p.m.
Me encuentro esperando el metro con dirección a Plaza de Maipú. Tengo hambre, pero no me queda plata, me la gasté toda en cargar el pase. Comienzo a observar a mi alrededor, nada me llama la atención, solamente veo personas preocupadas de su celular, concentro mi mirada en una paloma, esta se encuentra posada arriba en un fierro, al rato se le une otra paloma, esta última comienza a perseguir insistentemente a la primera paloma. A mi cabeza viene la imagen de la cueca, donde se representa el asedio amoroso de un hombre hacia una mujer. Cada vez que pasaba el metro estas movían sus alas frenéticamente, luego de un rato estas salieron del fierro en que se encontraban y se pusieron a unos centímetros de mí, comenzaron a desplazarse por la línea amarilla, en lo que pasa el metro y estas se disparan hacia arriba, pasan por sobre mi cabeza y las pierdo de vista. Ya era el 3er metro que pasaba, decidí esperar y tomar el siguiente.

La conquista del pan -Gerardo Pulido-

Estación Central
-Enrique Zamudio-

Sábado 1, Universidad Católica, 9:39 p.m dirección San Pablo.
Mientras espero el metro veo a una mujer, muy bella, joven y menuda, tiene puesto un vestido floreado, muy apegado a la piel, ella espera el metro también, pero en dirección contraria a la mía, lleva un libro en su mano izquierda y en la otra un sándwich, supongo que debe ser una hamburguesa de soya o lenteja. La hayo con la mirada perdida, en el rato que llevo mirándola ella no lo percibe. No logro apreciar la portada del libro que sostiene, pero si su cara, sus ojos, su cuerpo. Es algo mayor que yo, imagino que tiene unos 30 años y quizás un poco más, por el movimiento que se produce noto que viene el metro, subo rápidamente y me apoyo en una de sus puertas, mientras comienza a sonar la alarma del cierre de puertas continúo mirándola, ella ya acabó su hamburguesa y comenzó a ojear su libro, el metro se va.

Jueves 6, Santa Ana, mi destino Cementerios.
El metro se encuentra lleno, huele algo mal, voy sentada escuchando música, pero siempre atenta a mi alrededor. En el asiento que da frente al mío va un hombre, no tiene un buen aspecto, pero no me asusta ni me causa desagrado. Comienzo a observarlo a través de estas ventanas que tiene el metro, donde se refleja todo lo que hay en su interior. Miro su cara, es delgado, tiene los pómulos muy marcados y muestras de que sufrió de acné, tiene muchos tatuajes caneros, pero el que me llama más la atención es el tatuaje debajo de su ojo, me recuerda a Dj Méndez, pero no es una nota musical ni un nombre, es una lagrima, Su cara y sus ojeras demuestran que ha tenido un día pesado, comienza a dormitar. Me percato que en todo el rato que llevo sentada ahí, el asiento que se encuentra a su lado va vacío, el metro va lleno y es hora punta.

Lunes 17, Salvador
Es tarde y el metro ya está por cerrar, este se encuentra casi vacío, en el andén somos 3 personas, yo y una pareja. Voy muy cansada y con mucho frio. Sin darme cuenta comienzo a quedarme dormida, mientras caigo en el sueño que no es profundo escucho un ruido muy fuerte. Cuando despierto de golpe veo a la pareja discutiendo. No logro entender de qué hablan, ambos lucen muy molestos, pero el más que ella. Ella pide explicaciones, mueve mucho sus manos, frunce constantemente el ceño. Él está alterado, demasiado. Hablan en un tono muy alto y brusco. Mientras discuten ella saca un teléfono y marca un número. El sigue gritando y soltando garabatos de vez en cuando. De repente ella entrega el celular a él, este sujeto se lo pone en el oído y comienza a platicar con alguien, en todo momento con una ira horrible, que me asusta. Corta, tira el celular contra un asiento y golpea la puerta del andén. No sé qué hacer, no puedo hacer nada en verdad. Ni meterme, ni pedirle que baje el tono, nada. Ella le grita y se le pone muy cerca, en un cerrar y abrir de ojos, ella está en el suelo, con sangre en su boca, el cobardemente se baja antes de que cierren las puertas. Me levanto de mi asiento, me arrodillo y la ayudo, le pido perdón, perdón por no hacer nada en todo el rato que ellos discutieron, que jamás pensé que esto llegaría a la violencia física. Ella me dice que me tranquilice, que yo no podía hacer nada, que ni siquiera ella puede hacer algo contra él. Que está acostumbrada y que la ayuda solo llega cuando las cosas se salen de sus límites.

Domingo 23, Plaza de Maipú, 14:20 p.m,
Me encuentro subiendo las escaleras para dirigirme a Parque Bustamante. Cuando voy en la estación San Pablo sube un hombre con su violín, yo voy escuchando música desde mi celular como de costumbre, pero me causa una curiosidad y placer enorme escuchar a los músicos que suben al transporte público, por lo que me quito los audífonos. El violinista comienza tocando una composición muy famosa de Vivaldi, los pasajeros van encantados por su gran talento. De la composición de Vivaldi pasa a una de Yann Tisieren, específicamente La valse d'Amélie. Esa canción me trae una gran nostalgia, aun así me llena de alegría. Me recuerda a alguien muy especial, un amor, pero un amor diferente a los que he tenido durante mi vida, un amor que me encantaría volver a tener, pero que sé que no se volverá a repetir. Me recordaba a él y sus caminatas bajo un Santiago frio, me recordaba a sus manos blancas y heladas, me recordaba los poemas escritos por él, poemas que compartía conmigo y nadie más, me recordaba la manera que tenia de expresar sus sentimientos, de expresar cariño, para mí todo lo que era él me resultaba especial y raro, era raro pero eso no significa algo malo, al contrario. Cuando el músico termino, todos los pasajeros comenzaron a buscar monedas en sus bolsillos, bolsos, billeteras. Yo no dude en darle dinero, cuando se acercó, le di unas cuantas monedas y le dije gracias, el cerro un ojo y respondió, gracias a ti.

LO QUE SIENTO POR TÍ

Quisiera poder decirte
Todo lo que siento por tí
Pero la noche es corta
Y no va a esperar por mi
Sé que soy solo otro humano más
Pero adoro serlo solo las veces que puedo verte..
Los otros momentos que no te tengo en frente
Estás sonriendo y conversando en mi mente
Siempre estás ahí,
Aunque intente evitarte
De alguna manera te haces presente.

Quisiera poder decirte
Todo lo que siento por ti
Y eso intento
Pero eres tan perfecto
Que tengo miedo de arruinarte
Así que mientras pueda conversar contigo un rato,
Yo seré feliz
Por que al menos así
Tendremos en común un momento
Y solo así
Puedo decirte
Todo lo que siento por ti.

Millaray Millanao

ELLA

Hay un chica que es la más hermosa de la tierra
Su manera de caminar es la más elegante
Su manera de pensar te dejara sin habla
Todas sus preguntas existenciales que tiene te encantarán
Nunca podrás conocer otra chica igual
Ella es la más hermosa
La más perfecta
Solo siendo ella te dejará enamorado
Solo siendo ella te va a encantar
La manera que juega con tu mente es tan única
Nunca podrás conocer otra chica igual
Ella es especial
Pero nadie se lo ha dicho
Así que se esconde en las personas
Los típicos seres humanos sin sentimientos,
Los que siguen a la sociedad y les da lo mismo su vida
Ella va con ellos solo por que tu no te has dado cuenta,
Ella es especial
Ella es la más hermosa
Con su elegante forma de caminar te enamorará
A todos deja sin habla con sus preguntas existenciales
A todos los anda confundiendo con su única forma de pensar
Pero ella no lo sabe,
Así que ella sigue con su vida,
Una típica vida donde están los típicos seres humanos sin sentimientos.

Millaray Millanao

I

Se derriten las palabras
El silencio deja oir
Nuestros latidos

Con mis pulsos vivos
no quiero dar señales
de que vivo.

Estoy quemando lo que tuvimos
Para que me acompañen mis demonios.

Desnuda de todo
y de mi misma
no seré nunca más una.

Desnuda como nací
me voy.

Cuando hasta lo no vivido
es vivido.

II

El dulce horror de la pasión
cae otra vez
sobre el tibio sabor de tus lágrimas
que en mi resbalan.

Eres una grieta de luz
que reside en mí

Oh misericordiosa alegría
bésame otra vez

LOS CAMINOS DE EVELYN

ESTE CUENTO RECIBIÓ UNA MENCIÓN HONROSA EN EL PREMIO ROBERTO BOLAÑO DEL MINISTERIO DE LAS CULTURAS, LAS ARTES Y EL PATRIMONIO DE CHILE

Gustavo se atoró con el enorme bocado de completo italiano que tenía en su boca cuando, entre risas, intentó alertar a sus volados amigos de quién venía cruzando la calle. Habían pasado toda la anaranjada tarde estival fumando pitos, entre las gigantescas torres eléctricas del parque que enverdecía el sector. Las dieciséis personas que estaban en el local –uno de tantos que se propagaban sin éxito por la periferia metropolitana– dejaron de lado sus aceitosas colaciones para intentar ayudar al ahogado o, por último, para verlo ahogarse y llegar con la noticia a sus pasajes. Apenas Gustavo escupió en la mesa la húmeda mezcla de pan y condimentos coloridos en que se había convertido su triste completo, se levantó de su silla para asomarse a la vereda y gritar: "¡Cáchense el culiao feo!".

La sanguchería entera estalló en risa, incluyendo la chiquilla colombiana que freía las papas mientras escuchaba en sus audífonos lo último de la escena alternativa norteamericana, pues efectivamente Pablo, quien ahora llegaba a esa misma vereda, era horrible. Él pasó mirando cabizbajo, tratando de ignorar las agudas metáforas que esos clientes recurrentes elaboraban para definir poéticamente su fealdad. Pablo era plenamente consciente de su apariencia grotesca: en su rostro se formaban ángulos rectos que propiciaban esquinas para la acumulación del cebo grasiento que producía exageradamente su metabolismo. Ningún exfoliante había siquiera intentado raspar las piedras amoratadas de sus espinillas. No había hilo dental que supiese limpiar sus colmillos amarillentos y apirañados. Jamás un eau de toilette había cubierto los olores putrefactos de su cuerpo pos-adolescente. Pablo no solo era feo por culpa del malintencionado azar de su genética, era feo por concepto y técnica.

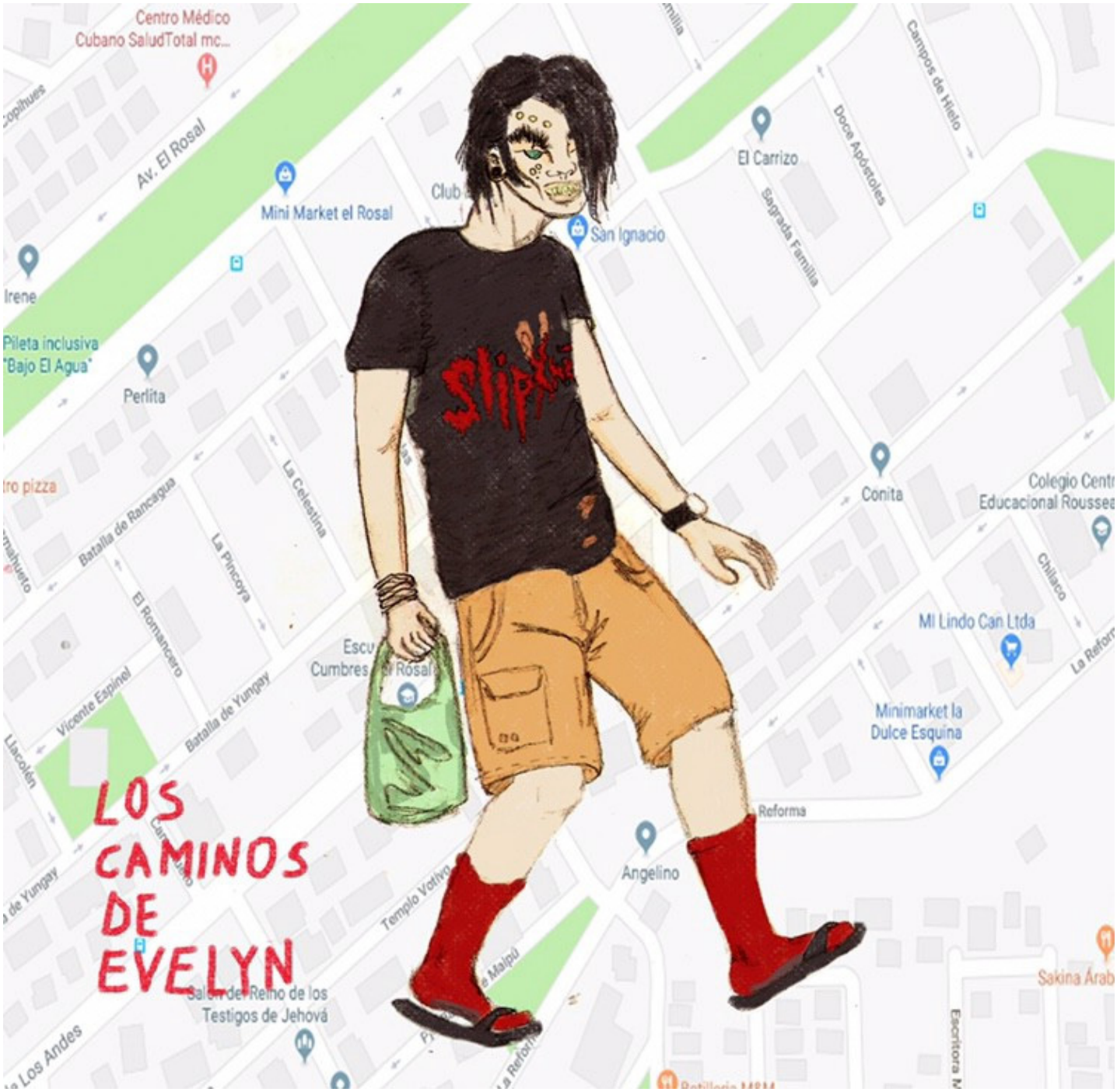
Contrario a los consejos de su estresada madre, Pablo escogía estratégicamente hacer las compras del día –que las verduras, que el pancito, que los pastelitos para celebrar la luna llena o el siete en matemáticas de la hermana chica– a la media tarde. Ya que su fealdad lo había obligado a renunciar al placer sexual de encontrarse con otro cuerpo, se satisfacía en el exhibicionismo de mostrar su existencia grotesca en las estrechas calles de su barrio. Aprendió a disfrutar la cara de espanto de los niños que lo veían caminar, de los vendedores a quienes saludaba con sinvergüenzura, de las señoras que barrían sus antejardines como excusa para vigilar a sus vecinos. A veces pensaba, incluso, que las palomas rehuían de su persona porque no aguantaban semejante olor cerca de donde recogían sus miguitas. "No hay respeto por una que está almorzando", las imaginaba gorjeando sobre los techos.

Pablo había decidido convertirse en un monstruo cuando era muy pequeño, siguiendo la enseñanza de un libro infantil que versaba sobre la forma en que los pensamientos de una persona condicionaban su apariencia –o, al menos, la percepción propia y ajena de la misma, aunque esto lo entendería harto después–. Él quiso convertirse en un villano: alucinaba con el terror y había fetichizado el sufrimiento ajeno. A los seis años, encerró a su hermana pequeña en el mueble de cocina por varias horas seguidas, escuchando con placer sus aullidos desesperados. A los diez, le quebró el cuello a un gato vivo frente a las miradas impotentes de la comunidad felina. A los dieciséis, radicalizaba su deformidad con las artes del maquillaje para meterse a los patios del pasaje y tocar sus ventanas de madrugada. Ahora, a sus veintitantos y superado su extremismo juvenil, se conformaba con provocar encuentros accidentales con sus vecinos y atraparlos en breves pero muy incómodas conversaciones.

Eran ya varios los residentes de la villa que habían establecido estrictas planificaciones para evitar estos asquerosos incidentes. Pero quien había diseñado el plan más matemáticamente refinado era Evelyn, una quinceañera voleibolista que se armaba breves pero polémicos romances lésbicos de camarín para encajar en el equipo, mientras estaba vergonzosa y secretamente enamorada de un músico sodaesterista del otro curso. Ella lo dio todo por el método científico: se encontró muchísimas veces con Pablo en la calle, aunque se preparaba con excusas y temas de conversación de emergencia para escapar de su aliento rancio; hizo el recorrido del pan de diecisiete maneras distintas para evaluar su eficacia; y consiguió sujetos de prueba, a quienes pagó en cogollitos de la planta de su hermana mayor, para que probasen sus trayectos experimentales. Al cabo de tres semanas su plan se había vuelto infalible.

Evelyn había sido muy prudente respecto de compartir su valioso itinerario con otras personas. Le enseñó los caminos a su hermana mayor, en el caso excepcional de que ella decidiera levantarse de su cama y hacer algo que implicase estar en público. Le mandó las instrucciones en un audio de Whatsapp a sus dos mejores amigos: Carlita y Sebastián, que vivían en el pasaje de al lado. Había decidido, además, entregar la información a todos los niños de básica de barrio –"Los grandes igual damos cara", pensaba–. Sin embargo, a pesar de la estrategia de exclusividad con que ella había trazado su plan, este se propagó por toda la cuadra en menos de una semana. Sebastián se lo contó a su papá, su papá se lo contó a su peluquero en la barbería venezolana de la esquina, el peluquero se lo contó al panadero del local de junto, y este le fue contando a cada cliente como premio por llevarse un mendocino con el pan de la once.

Pablo se tardó tres días en darse cuenta que el flujo de personas en buzo yendo a hacer las compras de la tarde había cambiado. Al tercer día de la puesta en marcha, cuando él iba en la quinta cuadra zigzagueante desde el liceo del barrio, decepcionado porque todos –salvo un despeinado perro chico que se arrepintió de ignorar el consejo de sus amos– habían conseguido evitarlo, vio a dos niñas caminar confianzudas a cuatro cuadras de distancia hacia el sur. Reconoció de inmediato la irregularidad de su trayecto: esa cabra chica, con el pelo teñido de rojo anaranjado como quien no ha superado a las vocalistas del pop-punk dosmilero, vivía dos villas hacia el norte.



Desde ese momento revelador, Pablo intentó quebrar los códigos de geometría callejera que se habían levantado en contra de sus asedios repentinos. Pero todas sus estrategias fueron vanas: el plano de Evelyn había sido dibujado con tanta precisión que había hecho aparecer pasajes y dispuesto plazas que eran inubicables para su frustrado olfato de cazador. Fueron dos semanas de tranquilidad para los transeúntes del barrio. Dos semanas en que ya ni siquiera circulaban por las redes los horarios de Pablo en el call center de turnos rotativos donde trabajaba, que con esmero los vecinos antes averiguaban para armar sus horarios del día. En ese medio mes, la figura de Evelyn llegó a alzarse beatificada en tags honoríficos sobre las paredes de varias cuadras –que el enemigo público, desconocedor de las letras urbanas, ni siquiera se esforzaba en descifrar–, y algunas de las vecinas más osadas, incluso, pensaron en pedirle al cura de la iglesia más cercana el permiso para hacerle un altarcito; propuesta que fue recibida con disgusto entre la creciente comunidad mormona de la vecindad.

Pero ni esa exquisita ingeniería fue capaz de resistir las caóticas eventualidades del destino. Fue don Benito, un reciente emprendedor –forzado a ello por el despido de su puesto a contrata– de una comuna colindante, quien abrió una carnicería en una esquina desocupada de la avenida interna más importante del barrio. En una táctica de marketing que su esposa había pillado en un tutorial mientras vagaba en el infinito abismo de Youtube, decidió hacer una fiesta-asado de inauguración afuera de su negocio, y pegó en los portones de cada pasaje su invitación. La gente, tentada por la oferta de choripanes y cervezas de medio litro, olvidó que la hora propuesta no cumplía con los estrictos requisitos del plan de Evelyn. Hasta ella misma obvió la posible presencia de Pablo en el carrete dominguero: ya se habría resignado a "huevear a la gente en Twitter o alguna estupidez así", se dijo.

Don Benito y sus tres hijos venían preparando el frontis desde después del almuerzo. Habían dispuesto un par de bancas de madera, varias sillas para la gente de edad y muchos pisitos endebles de plástico. En un parlante gigantesco, que su actualmente desempleado hijo del medio había comprado en vano con su antiguo sueldo de retail hace ya varios meses para carretear con sus amigos, tenían puesta una playlist pública de nuevos reguetones –esos que difuminan las líneas entre el pop y el dancehall– y un par de baladas latinas de ayer y hoy. Habían dispuesto, además, varios adornos de cotillón reciclados y otros comprados de emergencia en un bazar varias cuadras más allá.

Pasada la cebolla por la residuosa rejilla, y habiendo ya el humo molestado a los más tempraneros comensales, el resto del público comenzó a acercarse de a poquito a la celebración carnívora. Ruth, la esposa de don Benito y mente maestra de las operaciones gastronómicas, estaba en el mesón regulando el picor del fondo de pebre que habían preparado. A ella se le acercaban las vecinas de mayor edad para realizar la correspondiente pero velada entrevista respecto de su procedencia e intenciones, pues asumían ellas que ningún hombre podía aparecerse con un plan de negocios tan ingenioso. Mientras en el interior del local se sostenían las complejas discusiones sobre la vida familiar, los maridos estaban alrededor de la parrilla recurriendo a los descoloridos comodines conversacionales de quienes no tienen intención de verdaderamente conocer a sus interlocutores. El joven Sebastián, cuyo closeteo obligaba a acompañar a su padre en esas dinámicas sociales, se preguntaba si ser hombre era acaso perder la profundidad de su sujeto. También se preguntaba si es que quienes lo rodeaban se hacían esas preguntas.

El recurso que tenía Sebastián para ignorar estas interacciones desabridas era recurrir a su teléfono, un permiso que los adultos daban en una lógica tácita y cómplice a sus hijos en tales situaciones. Apuraba a la Evelyn, quien estaba aún en su casa debatiéndose acaloradamente contra su mamá sobre qué pantalones se podían usar para esta situación. Ella sentía que cada discusión con su madre antes de salir de la casa era un mal augurio sobre el evento; pero sus peleas eran tan frecuentes que pronto entendió que tenía que vivir su vida en desmedro de sus intuiciones. Ya camino a la carnicería junto a su familia, su mente empezó a dibujar líneas de colores que no calzaban con el trayecto por el que estaban circulando. Entonces recordó de súbito la existencia de Pablo y supo que tenía que informar a los vecinos.

Acudió a sus padres con su preocupación, pero ellos hicieron la vista gorda, demasiado embobados con el aroma a longanizas que invadía la cuadra. Le escribió un mensaje a Sebastián, quien luego de cuarenta y cinco intensísimos segundos le respondió que iba a alertar a los invitados y que estuviera tranquila.

Pero Sebastián no le dijo nada a nadie. Miró a su alrededor buscando un rostro amigable a quien advertirle la situación, sin encontrar ninguno que le pareciese lo suficientemente confiable para acercarse. Miró a los hombres que lo rodeaban, pero estaban atrapados escuchando el monólogo de uno de ellos sobre un tema de contingencia política nacional que, a estas alturas, ya todos los escuchas habían olvidado. Se encaminó a las señoras que cuestionaban ávidamente la escasa proactividad de sus parejas con las actividades de la casa mientras, de paso, diseñaban estrategias para hacerlos ponerse las pilas. Se dio vuelta para ver el resto de los jóvenes: chiquillos en buzo, con quienes solía jugar a las bolitas cuando chico –en esa época en que jugar a las bolitas era una posibilidad verdadera y no un esfuerzo nostálgico– que conversaban sobre algo que él no alcanzaba a descifrar. Respiró profundamente y se encomendó para que Evelyn se equivocara.

Pablo vivía a varios pasajes de distancia desde el sitio del suceso. Había visto el respectivo cartelito en blanco y negro en el portón de su pasaje; entonces supo que esa sería su venganza. No se bañaba hace tres días y llevaba usando la misma polera prácticamente hace una semana. Tenía el pelo encerado de grasa en una chasquilla que le cubría un ojo; en el costado revelado de su rostro, tenía varias espinillas que estaban blancas de lo ansiosas por reventarse. Acentuó el olor a queso francés de sus pies con unos calcetines endurecidos de semen, y aliñó su aliento con una ensalada de cebollas en escabeche. Estaba listo para el escándalo.

Evelyn llegó a la fiesta y abrazó fuerte a Sebastián, en un vano gesto de agradecimiento. Estaba verdaderamente aliviada de que Pablo aún no llegara. También se sentía confundida de que, por segunda vez en su vida, sus cálculos habían fallado. La única vez que se había equivocado antes había sido prediciendo el final de una película japonesa de terror –que había sido, indudablemente, varias veces peor–. Se consiguió uno de los choripanes que se armaban casi industrialmente en la parrilla vieja y se sentó a comentarle a Sebastián sus impresiones sobre la serie que este le había recomendado en Netflix: "Es cualquier cosita", fue su veredicto. Sebastián, quien nunca había aprendido a dar un argumento, le respondió: "Es que a ti te gustan puras hueás raras".

Casi por coincidencia, mientras ese último adjetivo se le dibujaba a Sebastián en los labios, apareció Pablo cruzando la calle. El ácido hálito que se expelía su cuerpo canceló rápidamente el aroma a carne asada. Los nervios recorrieron a los asistentes, quienes en su mayoría guardaron silencio hasta su llegada; salvo por el tipo del monólogo que había encontrado la forma de seguir con su discurso inagotable. Pablo se acercó primero a los hombres de la parrilla, pues sabía que ninguno tendría el coraje de hacerle frente. Por primera vez, el parrillero orador se sentía desplazado a la posición de personaje secundario en su vida. Todo el círculo de Toby miraba expectante al recién llegado monstruo, que se quedó ahí parado un par de minutos que se hicieron eternos, mientras la carne se apestaba de su presencia.

Un valiente decidió entablarle algún tema de conversación para romper el hielo impuesto por su grotesca presencia, pero Pablo, diestro en el arte de incomodar, respondía con mezquinos monosílabos. De a poco, las familias que estaban alejadas de la parrilla se fueron alejando de la fiesta. Doña Ruth veía a sus futuros clientes marchándose de su negocio y temió su fracaso. Vio a su incompetente marido concentrado en el chamusco de una longaniza, evitando así el contacto con la realidad. Algo debía hacer, pensó. Evelyn pensó lo mismo, entre la maleza seca y el cemento resquebrajado buscó algún instrumento con el que espantar a Pablo, pero no pilló nada. No se atrevía tampoco a encararlo directamente, pues sabía que era eso lo que él quería –en la boca del monstruo se dibujaba una torcida sonrisa, mientras sus ojos verdes como los hongos se posaban virulentos en los pocos comensales que restaban en el evento–.

La gente que aún quedaba dando vueltas levantó de pronto la vista cuando se escuchó el chillido de una llave dando paso, por primera vez en mucho tiempo, a un montón de agua. Las miradas sorprendidas encontraron a doña Ruth, armada con una manguera plástica, en la entrada de su negocio. Anunció su ataque con un decidido "¡Ándate de acá, cochino 'e mierda!"; el chorro de agua impactó y derribó a Pablo, arrastrándolo por la tierra recién mojada hasta la vereda. La reunión estalló en vítores, mientras él corría humillado y forzosamente bañado de vuelta a su casa. La señora caminó con sus zapatillas plásticas por sobre el barro, con la manguera enredada orgullosa sobre su pecho, mientras la gente la abrazaba y la aplaudía; algunos hasta en el éxtasis del llanto.

Evelyn regresó a su casa en silencio. Mientras sus papás y su hermana fumaban en el patio comentando el incidente en una conversación circular, ella se encerró en su pieza a pasear por las redes en su teléfono. La victoria de la gente sobre el monstruo le había dejado un gusto amargo: imaginó el nombre de Ruth sobrepuesto al de ella en las paredes; pensó en las larguísimas filas que aparecerían en la carnicería para conocer a su heroína, llevándose apenas un paquete de vienesas o de choclo desgranado y congelado como excusa; predijo en las conversaciones de amasandería que se sostendrían en los meses venideros sobre un evento que pronto agotaría sus posibilidades de análisis. Tirada en su cama, ya estaba chata del porvenir. Lo reflexionó mirando los rostros blanquitos de los gringos que aparecían en la pantalla de su celular, hasta que tomó una decisión que, para sí misma, justificaba en darle un poco de emoción a las siguientes semanas –y de paso recuperar un poco de protagonismo–. Abrió su computador y buscó entre sus archivos los precisos planos que había diseñado. Los adjuntó en un correo para el que no designó asunto y escribió en el cuerpo: "Toma, Pablo, pa que te entretengai un rato".

Celso Iturra Avenaño

O'HIGGINS

se FUGA

De La mierda

del mundo

as MEJORES

roga SON

GADO DEL DIABLO

studio determina

ue AS

naTematicas

no sirven

ONU

desa-

parece

La derecha

trabaja en la calle

Chile paga

por la muere

del Papa

Venezuela

se desmorona

de

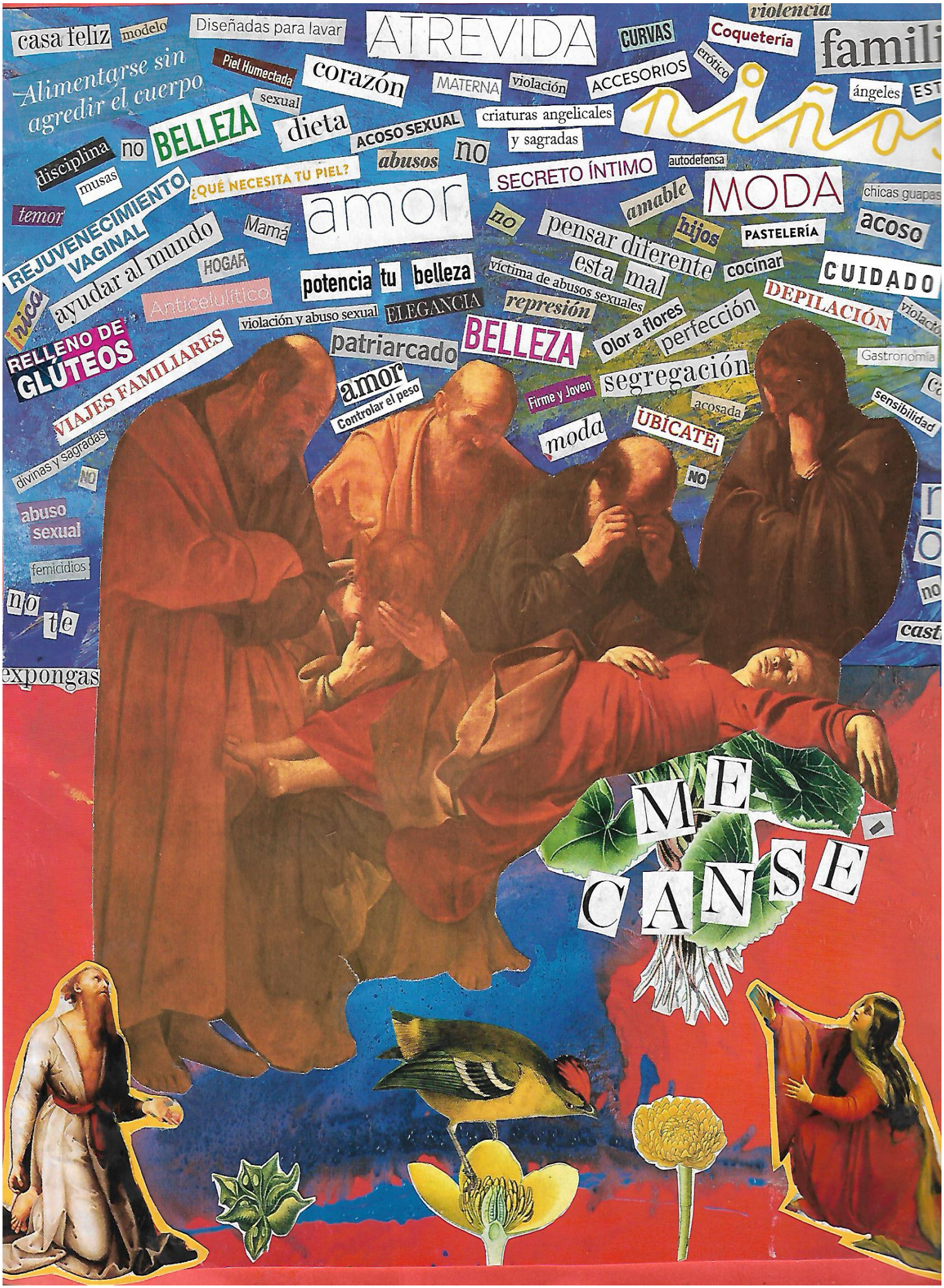
Un botellazo

Vladimir Putin

aprueb

este

mensa


casa feliz
modelo
Diseñadas para lavar
ATREVIDA
CURVAS
violencia
Coquetería
familia
Alimentarse sin agredir el cuerpo
Piel Humectada
corazón
MATERNA
violación
ACCESORIOS
erótico
niños
ángeles
sexual
criaturas angelicales y sagradas
disciplina
no
BELLEZA
dieta
ACOSO SEXUAL
abusos
no
SECRETO ÍNTIMO
autodefensa
musas
¿QUÉ NECESITA TU PIEL?
amor
amable
MODA
chicas guapas
temor
REJUVENECIMIENTO VAGINAL
Mamá
no
pensar diferente
hijos
PASTELERÍA
acoso
ayudar al mundo
HOGAR
esta mal
víctima de abusos sexuales
cocinar
CUIDADO
potencia tu belleza
Anticelulítico
DEPILACIÓN
violación y abuso sexual
ELEGANCIA
represión
RELLENO DE GLÚTEOS
patriarcado
BELLEZA
Olor a flores
perfección
Gastronomía
VIAJES FAMILIARES
amor
Controlar el peso
Firme y Joven
segregación
acosada
sensibilidad
moda
UBÍCATE¡
divinas y sagradas
NO
NO
abuso sexual
femicidios
no te
expongas
ME CANSÉ